Balta Lelija

28 de noviembre de 2026
SERIE SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL
"La unificación con Dios"

Para concluir esta breve serie sobre la vida espiritual, me gustaría ofrecer un pequeño atisbo de lo que nos espera cuando alcancemos la unificación con Dios, en la medida en que eso sea posible aquí en la Tierra.

Providencialmente, estoy escribiendo esta meditación el día 24 de noviembre, que, según el calendario tradicional, es la fiesta de san Juan de la Cruz. Este santo carmelita, estrechamente vinculado a Santa Teresa de Ávila, es uno de los maestros más eminentes de la vida espiritual. Así pues, conviene darle hoy la palabra para que nos instruya.

A modo de introducción, escuchemos al P. Gabriel de Santa María Magdalena, que describe lo siguiente en su obra *Intimidad Divina*:

«La vida del alma que ha alcanzado la unión plena con Dios puede describirse como un ejercicio único, constante e intenso de amor a través del cual se entrega sin cesar a Dios. Todas sus potencias, que no solo han sido purificadas, sino también perfectamente armonizadas, compiten en dedicarse al servicio divino. Así lo describe san Juan de la Cruz: "El entendimiento, al esforzarse por reconocer lo que redunda en mayor gloria de Dios para cumplirlo; la voluntad, al amar todo lo que agrada a Dios y al dirigir hacia Él todo su afecto; la memoria, al pensar asiduamente en lo que pertenece al servicio divino y es agradable al Señor".»

Más adelante, el santo Doctor de la Iglesia añade:

«De hecho, [el cuerpo] actúa conforme a la voluntad de Dios al orientar hacia Él la actividad de los sentidos internos y externos. Además, las cuatro pasiones del alma (gozo, esperanza, dolor y temor) se rigen según la voluntad de Dios, pues el alma no se regocija en nada salvo en Dios, no espera nada salvo a Dios, no teme nada salvo a Dios y solo sufre en el sentido de Dios. Por último, todas las apetencias y preocupaciones tienden únicamente hacia Él».

Un alma que se encuentra en este estado ha despertado por completo al amor de Dios. Ha atravesado ya las penurias de la purificación interior y las considera insignificantes en comparación con la cercanía de Dios que ahora experimenta. Quizás sea similar a lo que vive una madre cuando sostiene en brazos a su hijo recién nacido: ya no piensa en las penurias del embarazo ante la alegría de contemplar a su bebé.

El amor se ha convertido para el alma en la ley que rige todas sus acciones. Es el entorno en el que se mueve. Es un amor puro que no se ve reducido por los intereses propios. Sobre éste, San Juan de la Cruz afirma: *«Un poco de amor puro es más valioso a los ojos de Dios y reporta más beneficio a la Iglesia que todas las demás obras juntas».*

A continuación, explica:

«Cuando la llama de una vela queda envuelta por un fuego imponente, se funde por completo en él, arde y brilla junto con él, y resulta imposible distinguirla de ese fuego. Del mismo modo, el alma unida a Dios por el vínculo del amor se pierde en Él. La perfección del amor y de la gracia hace que el Espíritu Santo more en el alma con una plenitud sin igual y, en este espíritu y vínculo de amor, el alma permanece plenamente unida a la Santísima Trinidad».

Esta maravillosa perspectiva debería bastarnos para animarnos a recorrer sin reservas el camino de seguimiento de Cristo. Dios tiene grandes planes para nosotros y, al igual que la sangre de Jesús nos lava de nuestros pecados, el Espíritu Santo también quiere transformar todo en nosotros y que lleguemos a la plena unificación con Dios. Ahora depende de nosotros aceptar el ofrecimiento de Dios de crecer en el amor y dar los pasos necesarios para que eso suceda. Guardemos en la memoria lo que dijo san Juan de la Cruz: *«Un poco de amor puro es más valioso a los ojos de Dios y reporta más beneficio a la Iglesia que todas las demás obras juntas».*

Se trata, por tanto, de que crezcamos en el amor de Dios. De ahí se deriva todo lo demás, pues entonces empezamos a amar al prójimo con el amor de Dios y a realizar todas las obras con el fin de glorificarle.

Dios, nuestro Padre, no nos retendrá nada si nos esforzamos por amarle más y estamos dispuestos a darlo todo por ello.

Espero que esta breve serie de meditaciones haya servido para animarnos a recorrer más decididamente nuestro camino en pos de Cristo y dejar atrás todo aquello que impide el despliegue del amor divino. El tiempo de Adviento que ahora comienza puede ser un momento muy apropiado para profundizar en nuestra conversión y dejarnos amar por Dios.

Quisiera concluir con una oración de san Juan de la Cruz, que nos ha bendecido con sus sabias palabras en esta meditación:

«Así como la desposada no pone en otro su amor ni su cuidado ni su obra fuera de su Esposo, así haz que mi alma, oh Señor, no tenga ya ni afectos de voluntad, ni inteligencias de entendimiento, ni cuidado ni obra alguna que todo no sea inclinado a ti.

Concédeme no poder hacer otra cosa que amarte, Esposo divino. Y puesto que veo que Tú no valoras ni encuentras agrado en nada más que en el amor, ayúdame a entregarme por completo a Ti en el amor puro, pues deseo servirte plenamente. No permitas que siga buscando mi propio beneficio ni que persiga mi propio placer ni que me ocupe de otras cosas y asuntos ajenos a ti, sino que mi alma se dedique por completo a amarte».

Meditación sobre la lectura del día en el Novus Ordo:
https://es.elijamission.net/ven-senor-jesus-maranatha-2/